

Conversación con Julio Ramón Ribeyro

El asedio de la fama

La obra de Julio Ramón Ribeyro ha tenido hasta hace muy poco tiempo escasa difusión en el extranjero, pese a su indiscutible calidad. A esta situación ha contribuido, en parte, el propio escritor, cuyo desapego de la estridencia y la figuración lo ha acercado gradualmente hacia los personajes de sus relatos, seres escépticos y marginales, enigmáticos en su soledad. Con el premio Juan Rulfo, Ribeyro alcanza la consagración internacional, aunque él sigue preguntándose si se trata de un triunfo o un chasco.

En 1973 usted volvió al Perú y participó en muchos actos en los que se hizo un reconocimiento público de la calidad de su obra. Meses después de esa estancia en Lima, usted escribió en su diario, al recordar esos días, que había tenido la sensación de haber sido manipulado, envilecido por la publicidad y la propaganda, "expuesto al asedio de repugnantes reporteros". ¿Siente ahora que esa situación vuelve a repetirse o amenaza con repetirse?

Esa situación no sólo se ha repetido, sino que se ha ampliado, porque entonces era simplemente un homenaje de escritores y críticos nacionales, mientras que ahora el asedio es internacional. Tengo que responder llamadas de periódicos de Buenos Aires, México, España. Pero lo que quisiera enmendar y corregir de esa página del diario es eso de "repugnantes reporteros". No, no son repugnantes, todos son muy simpáticos. Lo único cierto es que cuando se repiten demasiado estos asedios, a uno lo fastidian y hasta le producen mal humor.

Pero ese es el precio de la fama...

Es cierto, es la contrapartida de la fama, por desgracia es así. Ya lo decía el poeta Fernando Pessoa cuando afirmaba que la celebridad es irreparable, de ella no volvemos nunca, como del tiempo pasado.

El jurado que le otorgó el premio Juan Rulfo estuvo presidido por María Kodama, la viuda de Borges. A propósito de la fama y la celebridad, Borges sostenía que

"No sé hasta ahora realmente si el premio es algo positivo que cambia mi posición un poco marginal o si, por lo contrario, es un chasco más".

"La gloria es una incompreensión y quizás la peor". ¿Se siente identificado con esta frase del escritor argentino?

Es posible, Borges siempre tenía razón, quizás porque en el caso de los premios en particular, y esto lo digo con toda franqueza, no siempre son justos ni tampoco aprobatorios. Simplemente es un accidente que a uno le ocurre en su vida, y la justificación del premio sólo lo dirá el futuro. Cuántos libros y autores premiados hay en la historia de los cuales hoy no nos acordamos.

Usted declaró una vez que América Latina no había producido obras novelescas trascendentales que marcaran para siempre la sensibilidad del lector y su relación con el mundo, pero rescataba a Borges, aunque sosteniendo que ese tipo de trascendencia no le interesaba.

Dije que esa trascendencia borgiana no me interesaba porque se limita exclusivamente al terreno artístico y literario y no va más allá. Es decir, no puede ser, por ejem-

plo, como la lectura de un libro sagrado. Los grandes libros sagrados, como la Biblia y el Corán, pueden realmente transformar la mentalidad y el comportamiento de sus lectores, de sus adictos. Pero en el caso de Borges, lo único que puede cambiarnos es nuestra sensibilidad y nuestro gusto literario, y no va más allá. No hace de nosotros ni santos ni héroes.

Y la clase de trascendencia que usted ha definido, ¿en dónde se expresaría mejor en sus libros? ¿En su obra narrativa o en sus ensayos y diarios?

Probablemente se pueda compartir. Creo que más trascendentes pueden ser mis textos no narrativos, del tipo de *Prosas apátridas*, que tienen una pretensión filosófica, que son libros que hacen reflexionar al lector. Pero desde el punto de vista más bien artístico y literario, también le atribuyo importancia al aspecto narrativo de mi obra, en la medida en que, como en el caso de los autores que aprecio, ensanchar un poco la visión de las

cosas. Considero que un autor valioso es aquel que una vez leído nos permite percibir cosas que no habíamos visto antes. Creo que es cuestión de enriquecer la percepción de la realidad a través de la narrativa.

En los últimos años usted ha publicado más ensayos y obras de reflexión que cuentos. ¿Siente que al entrar en la etapa madura de su vida, el ensayo le resulta más cómodo que la ficción narrativa para expresarse?

Es posible. Creo que es una tendencia natural de los narradores. En la medida en que van llegando a la madurez, van perdiendo un poco el interés por los géneros paramenarrativos y buscan expresarse a través de géneros diferentes, como el ensayo, el diario, la correspondencia, incluso. Esta es una tendencia un poco natural que se encuentra en muchos escritores. Es mi caso, creo que corresponde a esta tendencia. En efecto, en los últimos años he escrito muchos más textos no narrativos que narrativos. Puede ser tam-

bién que esto se deba a una cuestión de alejamiento del Perú, pues he estado muchos años fuera. Había perdido bastante contacto con la realidad peruana y me era más difícil tener conocimiento de situaciones, de hechos, de personajes, de dramas, de problemáticas nacionales, y los europeos, en general, no me interesaban. He escrito muy poco sobre Europa en cuento, unos ocho o diez como máximo. No me atraía mucho estar pintando la realidad europea porque para esto están los pintores europeos. Ese es su mundo, y yo no tenía mucho que añadir a lo que ellos ya han dicho sobre sus propios problemas. Puede haber sido eso, pero esto no significa que he abandonado, ni mucho menos, el género narrativo. Sigo escribiendo cuentos aquí en Lima y tengo proyectos de novelas, sólo proyectos, pero en algún momento espero organizarlos.

El mundo que describió en sus primeros libros de relatos ya ha desapare-

"Muchas veces me pregunto si el hecho de haber obtenido este premio es un problema más en lugar de un triunfo".

cido. El Perú de entonces ya no es el Perú de ahora. Quizás usted se siente desconcertado por esta nueva realidad peruana tan cambiada, tan diferente, y no logra adaptarse a esta nueva realidad y tal vez le resulta difícil expresarla en relatos.

Efectivamente, hay mucho de eso. La Lima de ahora no tiene nada que ver con la Lima en la que viví por los años cuarenta y cincuenta. La ciudad se ha transformado y se ha vuelto más compleja, más caótica, indescifrable por momentos, y se necesitaría ser un sociólogo, un antropólogo, para poder hacer una especie de inventario de la realidad actual del Perú y, en particular, de la de Lima. Por otra parte, tampoco hay que darle mucha importancia a la actualidad. Cuando leo relatos de escritores que están en su cuarentena, no siempre sus mejores relatos son los que tratan de la Lima actual, sino los que tratan de su infancia, quizás porque las experiencias de la infancia se graban profundamente en la sensibilidad y en la memoria, y por este motivo son más incitantes para escribir. Repito, no me incomoda mucho el hecho de que estando en Lima no pueda escribir o no escriba nada sobre la Lima actual. Creo que la actualidad, como decía Borges, es siempre anacrónica.

Tal vez el hecho de volver ahora a su realidad que no reconoce le haga regresar a la veta fantástica.

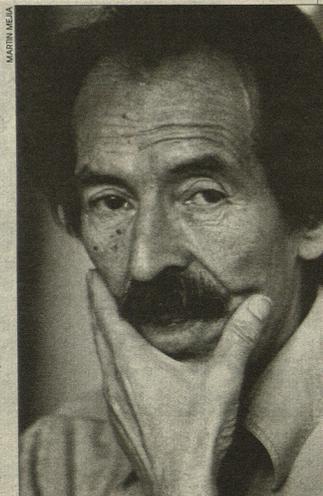
No creo, porque en realidad no estoy muy seguro de haber escrito cuentos fantásticos. Entiendo por cuento fantástico un cuento que es puro producto de la imaginación, en el cual las referencias a la realidad son escasas. En cambio, mis cuentos que son considerados fantásticos están apoyados siempre en hechos reales que he conocido o vivido, pero en los cuales hay siempre un momento en que la historia se dispara un poco hacia lo insólito e inesperado. No es el cuento fantástico típico, se trata de un cuento realista que patina o se desliza de pronto en otra dimensión, la dimensión de lo insólito. Si trata de escribir sobre la Lima actual quizás la considere como una especie de pesadilla, de alucinación, y lo que escriba sobre ella adiera a lo irónico.

¿Por qué habla de pesadilla? ¿Le parece horrible la capital ahora?

Horrible en muchos aspectos. Naturalmente, esto no quiere decir que no sea interesante. Lo horrible también puede ser interesante. Entre lo horrible puedo mencionar la informalidad en el campo del mercado ambulatório, lo caótico del transporte, los niños que andan perdidos y desamparados por las calles drogándose con tercoal. Todo eso me parece horrible y por momentos insostenible.

Establecido ahora en el Perú, ¿se ha planteado escribir cuentos sobre esta nueva realidad?

Si lo he pensado, pero no estoy trabajando en ello específicamente, porque me doy cuenta que hay escritores jóvenes que han crecido en esta Lima de hoy, que la conocen perfectamente y que están más al tanto que



"Si tratara de escribir sobre la Lima actual quizás la considere como una especie de pesadilla, de alucinación".

yo de los verdaderos problemas, de la sicología, de la manera de hablar. Es a ellos a quien corresponde esa tarea.

Este descenso a una nueva Lima y su realidad que no reconoce a través del cuento y la novela, plantea también un problema técnico, el del lenguaje. ¿Cómo reflexionar un nuevo entorno social con palabras que, como usted dice, desconoce?

Ese es un problema que me lo he planteado no sólo ahora, sino también en París. Pero después de darle muchas vueltas me cuenta que tampoco era imprescindible utilizar el lenguaje actual. Creo que se puede escribir un magnífico libro utilizando, quizás y llegando a la exageración, un lenguaje del siglo de oro. ¿Por qué no? Un buen escritor puede usar cualquier momento del desarrollo del lenguaje en su propia lengua.

Por su vocación de marginal y su escepticismo, usted podría ser, de algún modo, una suerte de "personaje ribeyriano". ¿La obtención del premio Juan Rulfo lo reconcilia con el mundo o sigue pensando que "la humanidad es un fracaso, algo que resultó mal"?

En realidad, creo que el hecho de haber obtenido este premio importante es un reconocimiento, una recompensa al esfuerzo de una vida, pero muchas veces me pregunto si el hecho de haber obtenido este premio es un problema más en lugar de un triunfo o una solución. Ya el hecho de haber estado durante una semana respondiendo entrevistas por teléfono o para la televisión, en casa, comienza a parecerme que las cosas no son tan tajantes ni tan claras como uno cree. Esta cosa va a continuar. Dentro de un tiempo tengo que ir a México, Estados Unidos, Canadá, España. Me pregunto si no hubiera sido mejor para mí no ganar el premio. No sé hasta ahora realmente si es algo positivo que en buena cuenta cambia mi posición un poco marginal o si, por lo contrario, es un chasco más.